



70 AÑOS
INEHRM

JORGE GONZÁLEZ BETANCOURT

TOMA DE ZACATECAS

SERIE ESTAMPAS DE LA REVOLUCIÓN



GOBIERNO DE
MÉXICO



TOMA DE ZACATECAS

SERIE ESTAMPAS DE LA REVOLUCIÓN

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO**

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

JORGE GONZÁLEZ BETANCOURT

TOMA DE ZACATECAS



CLÁSICOS
DE **VILLA**

MÉXICO 2023

Portada: Artilleros al mando del general Felipe Ángeles atacando Zacatecas.
Julio de 1914. Fotomecánico. SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX

Ediciones en formato impreso:
Primera edición, INEHRM, 1985.

Ediciones en formato electrónico:
Primera edición, INEHRM, 2023

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México,
órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

ISBN: 978-607-549-384-8

HECHO EN MÉXICO

CONTENIDO

Antecedentes	7
Las operaciones	15
Anexos	17
Habla el general Ángeles	17
La batalla	27
Segunda fase	37
Desenlace	41
Resultado	43
Fácil empresa	44
Pacto	44
Conferencias	45
Bibliografía	47





ANTECEDENTES

Mientras las tropas norteamericanas continuaban ocupando Veracruz y Huerta seguía haciendo desesperados esfuerzos por convencer al pueblo para que le ayudara a desalojar a los invasores, en Chihuahua la situación se ponía cada vez más tirante debido a la actitud del general Francisco Villa que, envanecido quizá por sus recientes triunfos, había incurrido en graves errores y en una serie de atropellos que obligaron a muchos de sus propios generales a solicitar a Venustiano Carranza que lo relevara del mando.

Ante esta situación, el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista ordenó al general Pánfilo Natera que al mando de la División del Centro procediera a atacar y tomar la ciudad de Zacatecas. Esta era la mayor ofensa que se le hubiera podido hacer al general Villa, pues había decidido que su siguiente objetivo fuese Zacatecas, ya que se encontraba sobre su eje de esfuerzo hacia el objetivo central: la ciudad de México.

Así pues, Zacatecas, al mismo tiempo que fue la última ciudad que el gobierno huertista defendió con sus mejores elementos, fue la causa directa de la ruptura entre la División del Norte y el resto del Ejército Constitucionalista. Villa, después de haber deshecho a lo más granado del ejército huertista, se había convertido en el todopoderoso, seguido ciegamente por más de 30 000 hombres, asesorado correctamente por el general Felipe

Francisco Villa,
jefe de la División del Norte.



Pánfilo Natera García, militar revolucionario, *ca.* 1914.

© (22741) SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MX

Ángeles. Se habían unido a sus triunfos la ferocidad de Urbina y Fierro y los resentimientos de Ángeles y el suyo propio.

En estas circunstancias, el comandante de la División del Norte recibió la orden de la Primera Jefatura para que enviara refuerzos al general Natera, en su esfuerzo sobre Zacatecas, ya que había sido detenido su ataque. Villa contestó a dicha orden con evasivas, negándose a proporcionar dicho refuerzo, pero al mismo tiempo, solicitando permiso para lanzar toda su División sobre Zacatecas. Sin embargo, Carranza, dispuesto ya al rompimiento, terco e inflexible, contestó rápidamente amonestando a Villa por no haber obedecido su orden. Al día siguiente, Villa envió un nuevo mensaje telegráfico aduciendo razones de mucho peso, pero el Primer Jefe se las contestó ratificando su orden de refuerzo al general Natera y agregando serias recriminaciones al general Villa, a quien hizo salir de sus casillas a causa de su espíritu rebelde.

Ya en franca rebeldía con el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, en lugar del refuerzo ordenado, Villa dispuso el avance de toda la División del Norte sobre Zacatecas. El día 15 de junio de 1914, Villa dictó las siguientes disposiciones:

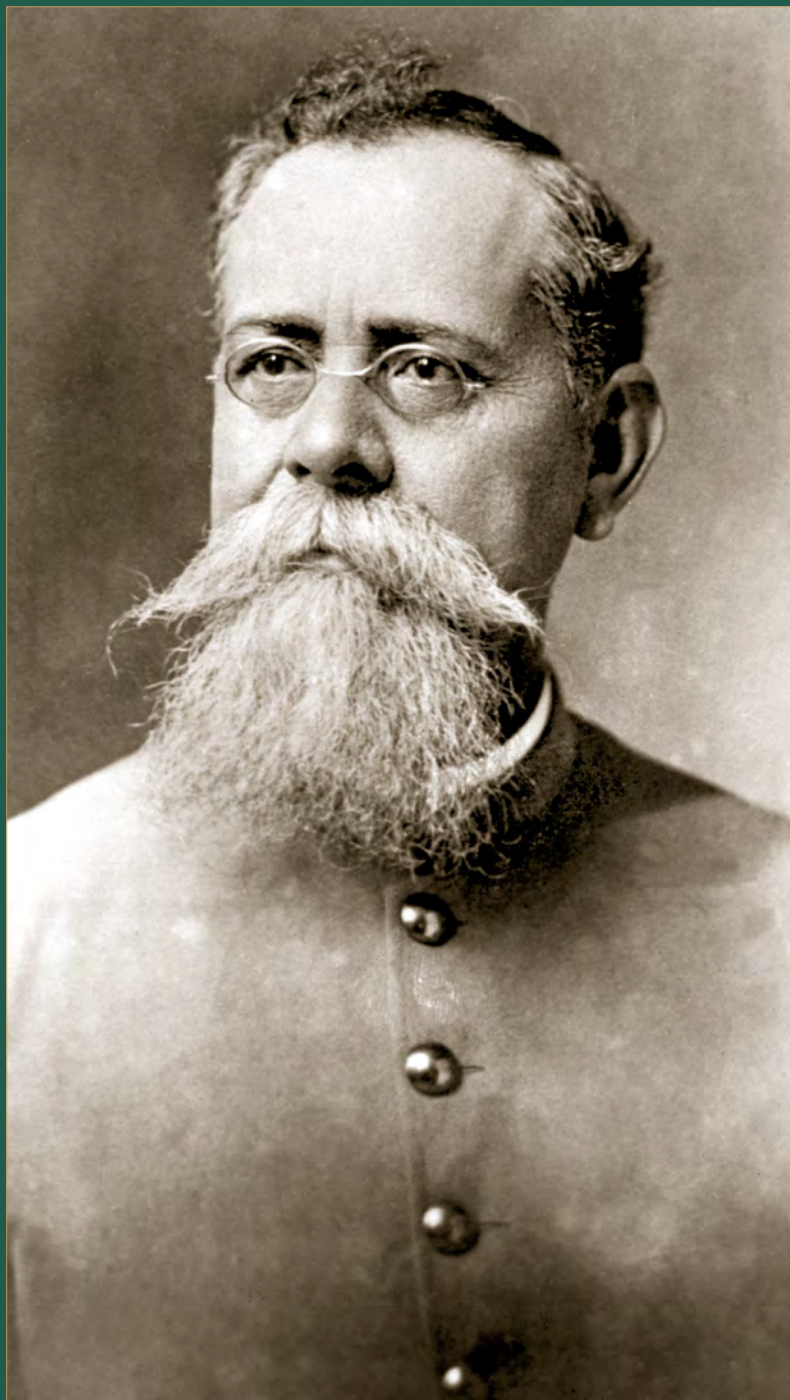
1. Que el general Tomás Urbina, al mando de un agrupamiento constituido por cuatro brigadas, saliese por ferrocarril el día 16.
2. Que el general Felipe Ángeles, al mando de los cuatro grupos de artillería, siguiese al general Urbina un día después.
3. El resto de la División, al mando directo de Villa, llegaría a Zacatecas antes del anochecer del día 21 de junio.
4. Se preveía librar la batalla el 23 de junio.

Según lo ordenado, las fuerzas del general Urbina salieron de Torreón el día 16, seguidas por la artillería que inició su movimiento el día 17, y durante los días 18, 19 y 20, el resto de las tropas. Las unidades, a medida que iban llegando a Estación Calera, a 25 kilómetros de Zacatecas, abandonaban sus trenes y comenzaban a tomar sus bases de partida para el ataque, mientras que los generales Ángeles y Urbina

hacían los reconocimientos necesarios para presentar el plan de ataque a la consideración del comandante.

Hacia el amanecer del día 23 de junio de 1914, ya toda la División del Norte había alcanzado sus áreas adelantadas y una vez presentado el plan de ataque, y siendo aprobado por el comandante, adoptó el siguiente dispositivo:

1. Un agrupamiento, constituido por las brigadas Morelos, Robles, Zaragoza y Ceniceros, al mando del general Urbina, atacaría por el norte y noroeste de la ciudad, partiendo desde Vetagrande y Plata, llevando como objetivo la captura de los cerros de Tierra Negra y Tierra Colorada (Loreto).
2. Un agrupamiento, constituido por las brigadas Villa (Dorados) y Hernández, al mando del propio general Francisco Villa, atacaría partiendo desde Las Pilas y Hacienda Nueva, llevando como objetivo destruir las fuerzas huertistas que se replegaban del Cerro Tierra Colorada.
3. Una brigada al mando del general Martiniano Servín atacaría por el oeste, llevando como objetivo la captura del cerro de La Sierpe.
4. Un agrupamiento constituido por las brigadas González Ortega y Juárez, al mando del general Maclovio Herrera, relevarían primero a la División del Centro atacando desde San Antonio, llevando como objetivos la captura de la Estación del Ferrocarril y los cerros del Grillo y de los Clérigos, ubicados al sur y sureste de la ciudad.
5. La División del Centro, una vez relevada, cubriría las rutas del sur, con el fin de evitar la concurrencia de refuerzos federales desde esa dirección.
6. La reserva constituida por las brigadas Triana, Arrieta y Carrillo, al mando del general Toribio Ortega, ubicada en Las Pilas, tenía la misión de reforzar y apoyar todo el ataque de la División, así como estar en condiciones de efectuar contraataques.
7. La artillería quedaba distribuida como sigue:
 - Un grupo proporcionado en refuerzo al agrupamiento, al mando del general Villa.
 - Un grupo proporcionado en refuerzo al agrupamiento, al mando del general Maclovio Herrera.
 - Dos grupos en apoyo general, emplazados en el corralón de la Mina de la Plata.



El Primer Jefe Venustiano Carranza, *ca.* 1916.
© (39165), SECRETARÍA DE CULTURA, INAH, SINAFO, FN, MX.

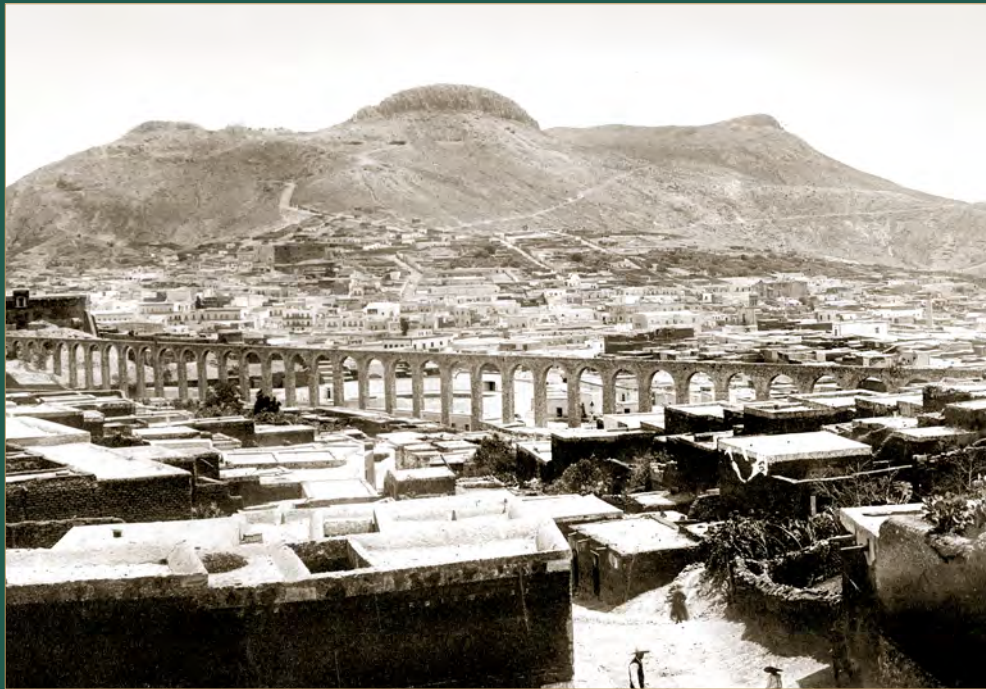


Benjamín Orozco, General Felipe Ángeles, óleo sobre cartón, 2009.

SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX

Los federales, por su parte, contaban en Zacatecas con 12 000 hombres y dos regimientos de artillería, todos al mando del general Luis Medina Barrón, y como comandante de unidad se encontraban los generales Argumedo, Jacinto Guerrero, Manuel Altamirano, Antonio Rojas, Antonio Olea, José Soberanes y Juan N. Vázquez. Para la defensa de la ciudad, organizaron una serie de puntos fuertes en las alturas que presenta el terreno alrededor de la población, señalándose entre las principales posiciones: La Bufa, Tierra Negra, La Sierpe, El Grillo, Estación Ferrocarril, Los Clérigos, Crestón Chino, Guadalupe y Refugio. La artillería se encontraba emplazada en El Grillo, La Bufa y El Refugio. Contaban, además, con la posibilidad de refuerzo de dos columnas huertistas, una procedente del sur al mando del coronel Tello y otra al mando del general Pascual Orozco, que se encontraba en el pueblo de la Soledad.





La ciudad de Zacatecas, *ca.* 1910.
Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

LAS OPERACIONES

El ataque se inició a las 10 de la mañana del 23 de junio de 1914, avanzando la infantería villista apoyada eficazmente por la artillería, de tal manera que logró llegar hasta las trincheras enemigas. Sin embargo, toda la artillería revolucionaria se encontraba apoyando exclusivamente a la infantería y hasta el momento no efectuaba tiros de contraartillería, por lo que la artillería huertista hacía bajas a los villistas.

Después de media hora de iniciado el ataque, los revolucionarios habían tomado su primer objetivo, cerro de Tierra Colorada, y poco tiempo después caía en manos villistas cerro de Tierra Negra. Las tropas huertistas que defendían estas posiciones se retiraron hacia La Bufa y El Grillo.

Ya conquistados los primeros objetivos, el general Villa decidió apoderarse de La Sierpe, altura desde la cual se dominaban las posiciones huertistas de La Bufa y El Grillo; ataque que se inició a las 11:00 horas del mismo día, cayendo el objetivo en manos villistas dos horas después de enconado combate.

Una vez logrado este objetivo, Villa ordenó se atacaran las posiciones huertistas de La Bufa y El Grillo; mientras se efectuaba este ataque, la artillería huertista continuaba causando verdaderos destrozos entre las fuerzas villistas, dudándose en un momento que el ataque tuviera el éxito esperado; sin embargo, oportunamente Villa ordenó a la brigada Villa (Dorados), totalmente montada, que efectuara el asalto a la posición, la cual cayó en poder villista tras fuerte combate.

Los federales, sintiéndose derrotados, se concentraron en el centro de la ciudad con el propósito de lanzar un potente ataque en dirección al camino de Zacatecas, con el fin de romper el cerco, ataque que, aunque no obtuvo el éxito esperado sí infligió gran cantidad de bajas al

agrupamiento comandado por el general Maclovio Herrera. Posteriormente intentaron otra salida hacia Jerez, pero Villa ordenó el empleo de la reserva y casi acabaron con los federales, logrando salir con vida escasamente 2000 elementos, mientras las fuerzas villistas entraban triunfantes, aunque diezmadas, a Zacatecas.

Estando Zacatecas en poder de la División del Norte llegaron a conferenciar con el general Villa un grupo de representantes del Cuerpo de Ejército del Noreste con el objetivo de evitar el rompimiento total con la Primera Jefatura constitucionalista. Pero no obstante que las negociaciones entre estos representantes marchaban en forma armónica en un principio, la orden del Primer Jefe en el sentido de que no se le proporcionara carbón a la División del Norte, para impedir su avance hacia el sur, así como evitar que se le abasteciera de una fuerte remesa de municiones que fueron enviadas en su lugar al Cuerpo de Ejército del Noreste, provocaron que en Villa renaciera la furia en contra de Carranza. De todas formas, como el constitucionalismo aún tenía enemigo al frente, los jefes de la División del Norte y los de las demás grandes unidades del Ejército Constitucionalista pudieron zanjar las dificultades. Las negociaciones se celebraron en Torreón; don Venustiano Carranza nombró como sus representantes a los generales Antonio I. Villarreal, Cesáreo Castro y Luis Caballero; Villa designó con el mismo carácter al general José Isabel Robles, al doctor Manuel Silva y al ingeniero Manuel Bonilla. Después de arduas discusiones durante cinco días, se firmó el 8 de julio de 1914 el documento denominado Pacto de Torreón, en el que la División del Norte reiteraba su adhesión a la Primera Jefatura, con lo que se lograba de nuevo la unidad en el Ejército Constitucionalista, por lo menos transitoriamente.



ANEXOS

HABLA EL GENERAL ÁNGELES¹

Con el fin de completar esta breve relación histórica, que bien pudiera servir de punto de partida para un mayor y meritorio esfuerzo intelectual, y referirnos a la lucha de afuera hacia dentro, tomamos de las *Memorias* del general Ángeles lo siguiente:

Los veinticuatro cañones emplazados entre Vetagrande y Zacatecas truenan; sus proyectiles rasgaron el aire con silbidos de muerte y explotaron unos, en el cerro de la tierra negra, y otros, en Loreto. Las entrañas de las montañas próximas parecían desgarrarse mil veces, y las tropas de infantería avanzaban sobre el monte de esmeralda que cubría las lomas.

Por el lado de San Antonio, allá por la alta meseta y por la Villa de Guadalupe tronaban también cañones y fusiles y silbaban millares de proyectiles; las montañas todas prolongaban las detonaciones, como si se rasgaran en sus flancos millares de piezas de tela.

De Zacatecas, del Grillo, de La Bufa, del cerro de Clérigos y de todas las posiciones federales detonaban también las armas, intensificando aquel épico concierto.

Alguien dijo que nos creían demasiado lejos, detrás de los paredones; otro aseguró que tiraban sobre la caballería nuestra, que entraba en acción sobre la derecha. Otras granadas caían detrás de nosotros, tal vez tiradas sobre las próximas baterías de Saavedra.

¹ Tomado de José G. Escobedo, *La batalla de Zacatecas (treinta y dos años después)*, México, s. i., 1946.

Uno llegó corriendo y nos informó que la batería de la derecha de Jurado estaba siendo batida por la artillería enemiga; otro dijo que habían matado dos mulas de un granadazo; un tercero, que habían desmontado la primera pieza de la batería de Saavedra.

—Venga usted a ver, mi general, por aquí, por esta puerta, vea usted cómo casi los rastrillos caen detrás de la batería. La primera pieza ya no tenía sirvientes y en las otras estaban inmóviles detrás de las carrozas. Las granadas enemigas zumbaban y estallaban en el aire, lanzando su haz de balas o rebotaban con golpe seco y estallaban después, lanzando de frente sus balas y del lado de las piedras tierra del suelo. Era aquel un huracán trágico y aterrador.



Felipe Ángeles y su Estado Mayor en el cerro de La Bufa
después de la toma de Zacatecas. Julio de 1914.

© (6119) SECRETARÍA DE CULTURA, INAH, SINAFO, FN, MX

Volví a mi observatorio primitivo, desde donde no podía ver el efecto de las baterías que tiraban sobre el cerro de la tierra negra y donde sólo percibía el de las baterías que batían el cerro de la tierra colorada, el cerro de Loreto.

Quizá allá, en la tierra colorada removida, nuestras granadas soplarían también su huracán trágico, pero vistas por nosotros causaban una impresión de regocijo, aunque después de los primeros minutos parecía que caían sobre parapetos y trincheras abandonadas, porque los puntitos negros que primero se agitaban sobre la roja tierra, ya habían desaparecido.

—Mire usted a los nuestros, qué cerca están ya del enemigo. Vea usted la bandera nuestra, es la más adelantada.

—Vea usted; véalos pasar; vea usted cómo se van ya.

Nuestros soldados lanzaron gritos de alegría; las piezas alargaron su tiro y nuestros infantes se lanzaron al ataque precipitadamente. La banderita tricolor flameó airosa en la posición conquistada. Eran las diez y veinticinco minutos de la mañana.

Poco tiempo después la falda del cerro de Loreto se pobló de infantes nuestros que subían lenta y penosamente. Los caballos fueron llegando lentamente también. Después todos se veían bien formados y abrigados.

Era llegado el tiempo de cambiar de posición. Ruego al mayor Cervantes vaya a ordenar que traigan nuestros caballos para hacer el reconocimiento de Loreto y decidir el camino y nuevo emplazamiento de grupo de baterías de Jurado.

El Capitán Durón González batía la posición intermedia entre Loreto y El Grillo. Lo autoricé a que continuara.

Galopando con mi Estado Mayor hacia Loreto, encontramos al señor general Villa y su séquito. Aquél venía en su poderoso alazán, requiriendo la artillería para establecerla en Loreto. Ya viene, mi general; le contesté y proseguimos el paso hacia Loreto.

¿Se percataría el enemigo de que en el grupo de jinetes en que íbamos marchaba el general Villa? Tal vez, pero por lo menos debe haber adivinado el encuentro o fusión de dos Estados Mayores importantes, porque nos siguió con sus fuegos en todo el trayecto. El jefe nos imponía el aire y nosotros obedecíamos. ¿Quiénes caerían en el camino? ¡Ojalá no fuera el jefe! Las balas pasaban zumbando y se incrustaban en la tierra con un golpe rudo y seco.

El caballo del Mayor Bazán fue herido en un casco y su asistente en un hombro. Eso fue todo.

En Loreto la lluvia de balas era copiosa. ¿De dónde venían? ¡Quién sabe! Tal vez de todas partes, pero no se pensaba en tirar sobre ese enemigo misterioso; toda la atención se encontraba en apoyar el ataque de la infantería del general Servín, que ascendía por los flancos de la elevada Sierpe, sin que la ayuda a Servín pudiese ser eficaz. El general Villa hizo establecer en el ángulo de una casa una ametralladora, que abrió el fuego también sobre La Sierpe, sin que tampoco ella facilitara el avance de Servín.

Y la artillería no podía llegar. ¡A veces los minutos parecen horas!

Por fin llegó un cañón y luego otro, al mando de Durón. El primer cañonazo sonó, alegremente, en los oídos nuestros, y probablemente muy desagradable en los de los defensores de La Sierpe. Los primeros tiros que hicieron blanco regocijaron a toda nuestra tropa de Loreto, y al cabo de quince minutos el enemigo comenzó a evacuar la posición. Nuestra banderita tricolor flameó en la cima y nuestros soldados lanzaron frenéticos hurras de entusiasmo. La infantería toda de Servín subió por los empinados flancos de La Sierpe a la anhelada cima.

Y como ésta domina El Grillo, su toma fue el segundo paso para la conquista de la más fuerte posición del enemigo.

Los cañones que batieron a La Sierpe no podían ser utilizados en la misma posición para tirar sobre El Grillo; había que pasarlos al frente de las casas en un patio limitado hacia el enemigo por un muro en arco de círculo que tenía aberturas utilizables como cañoneras. Pero de este lado de las casas soplaba un huracán de muerte, las balitas de fusil silbaban rápidas y las granadas estallaban estruendosamente. ¡Pocos cuerpos quedaron erguidos y pocas frentes se conservaban altas!

Di órdenes al capitán Durón de que mandara traer los armones y entrara en batería frente a las casas, pasando por la derecha, por donde estuvo establecida la ametralladora, y me dirigí enseguida a hacer entrar las demás piezas que apercibí por la izquierda.



Brigada Robles.

Había por ese lado, detrás de las casas, un amontonamiento desordenado de soldados, de caballos, de carruajes, de artillería con los tiros pegados, pero sin sirvientes ni oficiales.

Costó mucho trabajo conseguir que reaparecieran los trenistas y los oficiales y que estos condujeran los cañones al patio de que se ha hablado, pasando por un camino estrecho muy visible para el enemigo y perfectamente batido por su artillería. Menester fue hacer uso del revólver y revestirse de la más feroz energía.

Bajo el mismo impulso que movía la artillería avanzó también la parte de nuestra infantería que se había rezagado; avanzó con el dorso encorvado y quiso ponerse el abrigo del muro circular, de donde la empujamos hacia el enemigo, mostrándole el ejemplo del resto de la infantería que se batía mil metros adelante. Era interesantísimo el pseudo avance de nuestra infantería rezagada; parecía que soplaba delante de ella un viento formidable que muy a su pesar oblicuaba su marcha y la hacía retroceder cuando quería avanzar. ¡Queridos

soldados del pueblo, obligados por deber a ser heroicos, cuando sus almas tiemblan y sus piernas flaquean!

Una batería quedó emplazada en aquel patio; una batería que tiró sobre El Grillo, mientras recibían no sólo el fuego de la artillería de esa posición, sino también, y sobre todo, el de La Bufa.

Si nos rechazaban de Loreto, si de allí rechazaban a la artillería, ya no podrían nuestros infantes proseguir sobre El Grillo; era necesario batirse allí denodadamente a pesar del violento fuego del enemigo, casi todo reconcentrado sobre Loreto.

La artillería, un momento antes aterrorizada, estaba de nuevo enardecida y brava, trabaja ahora heroicamente en medio de una lluvia de plomo y de acero.

El general Villa, de pie sobre un montón de piedras, seguía atento el trabajo de los artilleros, el progreso lento y penoso de la infantería y la febril actividad del enemigo, que había ya sentido el rudo empuje de la División del Norte y presentía la derrota, aunque tal vez no, la gran hecatombe, la gran catástrofe final.

De repente una gran detonación a tres metros de nosotros, una nube de humo y polvo y alaridos de pavor.

Creíamos que un torpedo enemigo había hecho blanco sobre la pieza más próxima a nosotros y que tal vez había matado a todos sus sirvientes.

Cuando el humo y el polvo se disiparon vimos varios muertos. Uno con las dos manos arrancadas de cuajo, mostrando al extremo los huesos de los antebrazos, la cabeza despedazada y el vientre destrozado y con las ropas ennegrecidas; yacía inmóvil, como si hicieran horas que estuviera muerto. Otro de los que más impresionaron era un herido que tenía la cara de espanto y en la boca un buche de sangre, de la que escapaba un hilo por los entreabiertos labios, temblorosos de dolor.

No había sido un torpedo, sino una granada nuestra que al prepararse había estallado. Era necesario no dejar reflexionar a nuestros artilleros, que no se dieran cuenta del peligro que había en manejar nuestras granadas; era necesario aturdirlos, cualquiera que fuera el medio.

No ha pasado nada, les grité, hay que continuar sin descanso. Algunos se tienen que morir, y para que no nos muramos todos, es necesario matar al enemigo. ¡Fuego sin interrupción!

El fuego continuó más nutrido que antes. El general Villa se retiró algunos pasos y se acostó en un montón de arena. No sabe usted, me dijo, cuánto dolor me causa una muerte semejante de mis muchachos. Que los mate el enemigo, pasa, pero que los maten nuestras mismas armas, no lo puedo soportar sin dolor.

—¿Qué haremos, continuó, para que nuestra infantería siga avanzando? Me parece que ya está un poco quebrantada.

—Está ya muy cansada, contesté. De un solo empuje no se puede desalojar al enemigo de todas sus posiciones. ¿Quiere usted que Cervantes vaya a dar la orden para que la infantería avance?

Y partió Cervantes, entusiasmado de ver que se le utilizaba en esa comisión.

El general Raúl Madero dijo que sus tropas estaban agotadas, y pedía tropas frescas para lanzarlas al asalto del Grillo.

Mi asistente Baca nos trajo la comida, que compartimos con el general Villa y con los oficiales que por allí estaban.

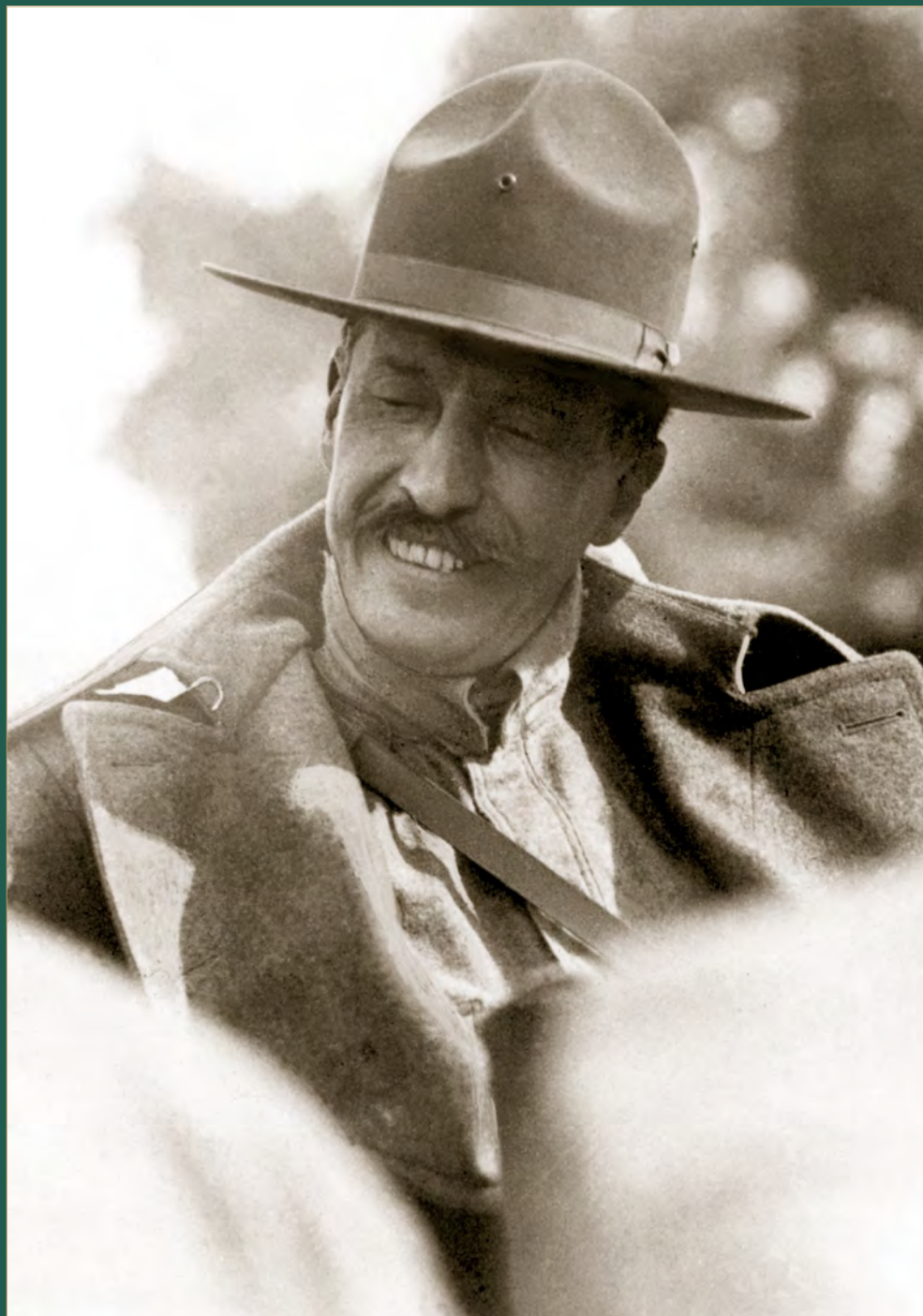
Comimos alegremente dentro de un caserón de techo acribillado por nuestras granadas. Nunca con más gusto he visto un destrozo semejante.

Para hacer la digestión, Cervantes y yo salimos a dar un paseo. Nos encontramos un caballo herido que rematamos por compasión. Muy débiles parecían las detonaciones de las pistolas a nuestros oídos ensordecidos.

A medida que avanzábamos se nos hacía más imperceptible el ruido de la lucha y otra vez volvimos a enardecernos.

Por seguir el ataque en dirección del Grillo, casi desde el principio me vi precisado a abandonar mis baterías que atacaban en dirección de La Bufa. Y Gonzalitos, ¿qué haría? ¿Habría comido? ¿Habría sido herido?

Vamos de aquel lado, decidí, y dejé un recado para el general Villa, participándole mi alejamiento.



Felipe Ángeles, retrato, 1914.

© (643651) SECRETARÍA DE CULTURA, INAH, SINAFO, FN, MX

Envié al capitán Quiroz la orden de que abandonara el cerro alto de Vetagrande y se trasladara al Grillo, donde recibiría nuevas órdenes. Creí seguro que mientras tardaba Quiroz en trasladarse, El Grillo caería en nuestro poder.

Saboreamos el galope de nuestros caballos, cuando percibimos a Gonzalitos cojeando. Se había dislocado un pie.

—Sí, señor, ya comí, me dijo sonriendo.

Todo iba bien de aquel lado. La colina de la tierra negra había sido tomada desde luego y ahora sus soldados se batían con los de La Bufa.

Mandé avanzar una de las baterías de Saavedra a la colina que está a la espalda de la tierra negra, desde donde se veían admirablemente Zacatecas, La Bufa y el camino de Zacatecas a Guadalupe.

Por allá lejos, del otro lado de Zacatecas, entre La Bufa y El Grillo, se veían tropas, seguramente nuestras, que se habían apoderado de una casa blanca y de un gran corralón de junto. Probablemente eran las tropas de Herrera, Chao y Ortega.

Cerca de nosotros, en nuestra posición había algunos infantes rezagados, de esos que siempre tienen pretexto para quedarse atrás.

La batería de Saavedra se emplazó en la nueva posición y abrió sus fuegos sobre La Bufa.

Ya la lucha tenía un aspecto completo de victoria próxima. La Bufa y El Grillo hacían débil resistencia; en mi concepto, todo era cuestión de tiempo para germinar en el enemigo la idea de la derrota.

De entre la ciudad se elevó de pronto un humo amarillo, como si estuviera muy mezclado con polvo. Tal vez un incendio, quizá una explosión. Sacamos nuestros relojes: eran las cinco treinta de la tarde.

Por todos lados nuestras tropas circundaban al enemigo y lo estrechaban más y más. ¿Qué va a ser de él? ¿Por dónde intentará salir?

El ingeniero Valle, el mayor Cervantes, mi hermano y yo veíamos muchas tropas en el camino de Zacatecas a Guadalupe y nos alegraba verlas tan distintamente.

A medida que el tiempo transcurría se veían más soldados, más agrupados, como si trataran de formarse. Luego percibimos una línea delgada de infantería que precedía a los jinetes, estando estos úl-

timos en columna densa. ¿Qué intentaban? ¿Acaso una salida? ¡Pero en ese orden!

Los vimos avanzar hacia Guadalupe, después retroceder desorganizados, sin distinguir bien a la tropa nuestra que los rechazaba.

Enseguida se movieron hacia Jerez y retrocedieron. Intentaron después salir por Vetagrande, del lado de donde estábamos, y mandamos cazarlos a los infantes rezagados que estaban con nosotros. No tengan miedo, les dije, no han de combatir, van ya de huida. No se trata más que de exterminarlos. Volvieron a retroceder.

Finalmente nos pareció ver que hacían un último esfuerzo desesperado para lograr poder salir por donde primero lo intentaron, por Guadalupe. Y presenciábamos la más completa desorganización. No los veíamos caer, pero lo adivinábamos. Lo confieso sin rubor. Los veía aniquilar en el colmo del regocijo, porque miraba las cosas desde el punto de vista artístico, del éxito de la labor hecha, de la obra maestra terminada. Y mandé decir al general Villa: Ya ganamos, mi general. Y efectivamente, ya la batalla podía darse por terminada, aunque faltaban muchos tiros por disparar.

La muerte del general Ángeles, ilustre soldado de la Revolución, fue, evidentemente, un grave error del carrancismo.

Al parecer, todo el odio acumulado por Carranza en contra del villismo se descargó en la persona de Ángeles, quien fue fusilado en la ciudad de Chihuahua en el mes de noviembre de 1919, hace veintisiete años.

Un Consejo de Guerra al vapor, presidido por el general Gabriel Gavira, lo juzgó y condenó por rebelión.

El pueblo de Chihuahua, llevando a cabo una nutrida manifestación de duelo al siguiente día de la ejecución, desaprobó el proceder del régimen dominante.

LA BATALLA²

El día 23 de junio de 1914 amaneció nublado con niebla blanca que no amenguaba la intensa luz de un brillante sol de verano. Las nubecillas vaporosas se arrastraban lentamente por las cúspides de los cerros, como desperezándose con negligencia sobre sus últimos cojines terrestres; y el sol lograba escapar, de trecho en trecho, por entre la neblina que se recogía en cúmulos de algodón, lanzando a la tierra furtivos dardos de oro. Parecía que escudriñaba por entre veredas y campos dónde estaba la legión de valientes que habría de recoger un lauro más para la División del Norte y dónde yacían diseminados los cadáveres y vertida la sangre de algunos héroes de la víspera, como si quisiera orear ese riego fecundo de los que se apresuraban a ganar la gloria militar.

Después de una noche tranquila, reparadora de fuerzas y germinadora de nuevas energías y de buenas reflexiones para la jornada épica que se avecinaba, despertó el Estado Mayor del general Ángeles, desayunó satisfactoriamente y se aprestó a montar para seguir al jefe. Unas galletas deslizadas furtivamente en el bolsillo y unas vendas depositadas en la bolsa del camarada, denunciaban apenas la previsión de que la lucha fuera ardua y peligrosa. Por lo demás, después de los preparativos de estilo, como para un paseo matinal, el general y sus oficiales marcharon al campo del honor una hora antes de la cita.

Las tropas habían pasado una noche lluviosa, en vigilia, en sus posiciones avanzadas.

Ahora, el sol había desgarrado el velo de la niebla e inundaba de claridad el campo multicolor en que, a manera de puntos, se distinguían acá y allá los soldados de las tropas contendientes.

Un viento fresco soplaba del N. E. y había alejado la lluvia que se avecinaba como resultado próximo del estampido del cañón al conmover la atmósfera.

² [Federico Cervantes:] Este relato se refiere a mis particulares impresiones recibidas en el desempeño de la honrosa comisión de ayudante del señor general Felipe Ángeles. [Tomado de Federico Cervantes, *Asalto y toma de Zacatecas*, México, s. i., 1915].

En el fondo de la barranca, y vigilada siempre por sus potentes centinelas, se escurría, asomando una punta, la ciudad de Zacatecas, lugar futuro de reunión al que dirigíamos algunas miradas codiciosas.

La artillería ocupaba ya sus nuevos emplazamientos.



Artilleros al mando del general Felipe Ángeles atacando Zacatecas. Julio de 1914.

Fotomecánico. SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX

Al avanzar inspeccionábamos el campo, dejábamos a retaguardia protegidos los puestos de socorro, los tiros y avantrenes, así como nuestras cabalgaduras, y a pie nos dirigíamos hacia el caserío derruido en que momentáneamente habríamos de ocultarnos, mientras se comunicaban las últimas órdenes preparatorias.

En el patio principal de esos caserones y ocultas de la vista del enemigo, se hallaban dos baterías nuestras (grupo Jurado).

Encuadrando los caserones y a derecha e izquierda, otras baterías se protegían algo con las crestas del terreno y algo con las trincheras del campo de batalla que los artilleros se habían construido durante la noche.

Por el lado izquierdo se avanzaba, osadamente, otra batería más del grupo del mayor Saavedra, protegiéndose de un modo análogo a

las anteriores; y desde la altura que teníamos a retaguardia, sobre el cerro cercano a Vetagrande, dos baterías apoyaban a las anteriores con sus fuegos dominantes.

Mucho antes de las 10 de la mañana, la infantería de los primeros puestos, entablada la conversación del fuego con el adversario y la artillería enemiga desde El Grillo y La Bufa, lanzaba por encima de nosotros, a una caballería que se descubría, avanzando a sus posiciones, la andanada rugiente de sus *shrapnels*.

Con impaciencia esperábamos la hora solemne; con el afán de quien quiere cumplir un deber imperioso; con el interés de quien quiere descubrir intensas emociones; con la ambición de quien quiere para sus correligionarios, para sí y para su partido, nuevas palmas y nuevos triunfos.

Provisionalmente protegidos detrás de dos paredones, se me antojaba que la artillería enemiga podría ser numerosa, que hasta ese momento no había revelado toda su fuerza y que los caserones en que nos encontrábamos con dos baterías emplazadas, iban a atraer como a un nido de proyectiles las iras de las piezas enemigas y habrían de ser dentro de pocos momentos, montones de escombros. Me alegraba yo de que por un acto de propia iniciativa, la infantería de reserva no se hubiera protegido allí, prefiriendo distribuirse en la línea de fuego; y recordaba con curiosidad y con recelo, la frase de mi General: “Mejor que tiren al caserío, porque de ese modo, no le tirarán a la infantería; atraeremos sobre la artillería todo el fuego de los cañones enemigos y... sentiremos mucho más bonito!”.

¡El General considera el combate como una fiesta en la que se goza y a la que se concurre lleno de alborozo, vestido de limpio, por higiene, para el caso de que lo hieran a uno, y con coquetería; antes de salir, se había rasurado la barba y atusado el bigote cuidadosamente...!

Momentos antes de las 10 de la mañana, la infantería, impaciente, rompe y arrecia el fuego de sus fusiles, y a las 10 en punto, primero irregularmente, después en conjunto, nuestra artillería comienza a resonar en la fiesta. El punto principal adonde dirige sus fuegos por el momento, es el cerro colorado de Loreto, que bate para proteger el asalto de la infantería. Ésta avanza valientemente, desaloja al enemigo

de la trinchera de la falda de dicho cerro, espera el nuevo efecto de nuestra artillería que no se hace esperar, logrando alejar a los hombres atrincherados de la cúspide, y pronto, con los primeros dragones que siguen al abanderado, éste hace erguir la enseña tricolor que ondea alegremente sobre el fortín del cerro de Loreto, primera posición importante arrebatada al enemigo. Al iniciarse este asalto, el valiente y joven general Trinidad Rodríguez perdió la vida.

Durante este momento de la lucha, en que el caserío no fue destruido, pero en el que una pieza fue alcanzada por las granadas enemigas, un callejón entre dos paredones nos sirvió de observatorio; con cada uno de sus lados nos protegimos alternativamente para observar las fases de la lucha, y ni las balas que silbaban aguda y dolorosamente, ni algunas granadas que al explotar nos conmovieron muy de cerca, quitaban a la escena su particular interés.

Viendo que la batería de la izquierda del caserío hacía buenos tiros en dirección hacia Loreto, pero cortos, porque nuestras tropas ya ocupaban hasta media falda, el General me permitió que fuera yo a hacer corregir ese tiro. Con unas cuantas indicaciones, el capitán Roldán, cuya batería vigilaba el valiente mayor Saavedra, mejoró su tiro e hizo excelentes impactos sobre la trinchera misma de la cúspide de Loreto. El resultado no se hizo esperar y lo dejé ya consignado.

La toma de Loreto tardó 25 minutos.

Estaba yo en la batería mencionada, cuando se presentó el general Urbina, observando el combate y preguntando por el general Ángeles; le indiqué dónde estaba y le rogué que no se acercara su escolta montada, para no atraer el fuego enemigo: acababan de herir a varios artilleros.

Al mismo tiempo, la infantería de nuestra ala izquierda, apoyada por las baterías de ese lado, rechaza la línea enemiga posesionada del cerro anterior a La Bufa, hace que esa infantería se retire a La Bufa misma y se establece fuertemente en la cresta que la protege. De una a otra cresta se entabla nutrido tiroteo, que se mantiene largo rato.

Momentos después de que volví al caserío, me decía el general Ángeles que las piezas de las baterías ocultas se habían inutilizado, y el capitán E. de los Monteros acudía a ver si tenían pronto remedio.

Por indicaciones del General, corro en busca de nuestras cabalgaduras para ocurrir a un nuevo punto de la lucha. Entretanto, las otras baterías continúan su fuego.

Pronto, cuando el cerro de Loreto ya es nuestro, la lucha se singulariza en el cerro de La Sierpe.

El General ordena que la artillería avance, y entretanto, ocurre con su Estado Mayor, al galope, al teatro de este nuevo pasaje épico.



Tropas villistas. 1914.
Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

Al pasar por cerca de la batería del capitán Durón, le ordena que bata la nueva zona y poco después, a medio camino, se encuentra al señor general Villa que, seguido de su escolta, venía también al galope en busca del general Ángeles y de su artillería. Ambos generales y sus escoltas se detienen; se saludan los dos jefes y dialogan: el general Villa, preguntando por la artillería, para desalojar al enemigo de la Sierpe, y

el general Ángeles, asegurándole que ya había ordenado que aquella avanzara.

Todos se dirigen en grupo al lugar del peligro. Aureolada por el prestigio, se destaca la figura del general Villa que marcha a la cabeza. Impasible, mostrando su recia y marcial complexión y conversando amigablemente con el general Ángeles que lo acompaña. Atrás vienen al paso, siguiendo a sus jefes, los dos Estados Mayores, en tanto que numerosas balas buscan con insistencia, víctimas entre ese visible grupo de hombres adictos que siguen a dos notables y valientes generales.

El asistente y el caballo del mayor Bazán resultan heridos y los dos grupos continúan al mismo aire que sus jefes, lenta e imperturbablemente.

Yo había acudido a ordenar a todas las baterías inmediatas, que concurrieran con sus piezas útiles a la nueva posición avanzada; el capitán Durón me opuso algunas reticencias, porque su fuego era excelente y porque acababa de recibir orden verbal del General; yo le expresé que *mi orden* era de dicho superior, y acto continuo, me dirigí al caserón inmediato al cerro de Loreto (mina del mismo nombre) del que nos separaba una hondonada.

Allí habían llegado ya los generales Villa y Ángeles con sus acompañantes.

El fuego de la artillería enemiga ruge por encima de las casas y las balas con sus silbidos estridentes quitan el deseo de asomarse por la arista del muro.

El General sube a la azotea para apreciar mejor la situación; ya lo acompaño, y tras suficiente exposición, lo invito a que descienda. El fuego arrecia.

Las tropas de la derecha se baten con entusiasmo, y en un empuje vigoroso suben hasta media falda de la empinada vertiente de la Sierpe y hacen que el enemigo se parapete en la cúspide, protegido por fuerte trinchera y por cercas de piedra.

Lo pendiente de la subida y la rapidez del impulso, restan fuerzas a estas nuestras tropas que empiezan a agotarse. El enemigo se enva-lentona y sale de sus atrincheramientos, principiando a rechazar a los nuestros.

Una ametralladora colocada en el ángulo de la casa desde la que presenciamos la lucha, ayuda con fuego rápido a los nuestros, pero no causa gran efecto.

Los defensores de la Sierpe se han erguido ya y descienden haciendo mortífero fuego sobre los más valientes de nuestros hombres que se han colocado a unos cuantos pasos de ellos. Los luchadores se baten desesperadamente; el momento es solemne; los que nos rodean voltean la cara hacia nosotros, preguntando por la artillería; el General me ordena que corra a traer aunque sea una pieza, voy por ella, y antes de algunos momentos, acude ya un cañón seguido de otro, que se colocan inmediatamente en batería, al descubierto, sobre el terreno disponible.

Todo el mundo dirige ansiosas miradas a las piezas y está suspenso del resultado. Yo ayudo a apuntar la primera; el valiente capitán Durón toma el mando de su sección, me apresto a observar allí mismo el tiro y pronto, al segundo disparo, nuestras granadas pegan en medio del enemigo. El efecto moral no se hace esperar: empieza la huida, los nuestros avanzan denodadamente, se escuchan “bravos” y aplausos entre los que nos rodean y la fanfarria de las dianas se hace sonar para saludar, acompañada de “vivas”, gritos y lágrimas de emoción, nuestra bandera, que ya flota en la cúspide de la Sierpe. Esta posición había tardado 15 minutos en caer, desde que fue atacada por la artillería.

Continuamos el fuego sobre la falda por la que se retiraba el enemigo.

Sin perder tiempo, se avanzan resueltamente los cañones que van llegando hasta la explanada descubierta que se encuentra adelante de la casa, los artilleros redoblan sus energías y baten furiosamente a cañonazos el cerro del Grillo. Éste y La Bufa nos contestan con empeñoso arresto y sus proyectiles unas veces largos, otros cortos, nos llevan solamente el polvo de sus explosiones. Una granada llega, sin embargo, a inmediaciones de una pieza, explota y hace víctimas. Pero los artilleros no cesan en su lucha: las balas silban y los sirvientes de las piezas preparan, apuntan y hacen fuego.

Los generales Villa y Ángeles, algunos oficiales y el que relata, nos acercamos a un cañón que hace fuego certero, y nos subimos sobre un montón de piedras, para observar mejor. Súbitamente, una explosión

más recia que el estampido de la pieza que tenemos a dos metros, nos ciega, nos ensordece y nos llena de tierra y humo. Aturdidos, escuchamos gritos de espanto y los gemidos, o más bien alaridos, de un artillero herido seriamente. “Nos tocó una granada enemiga” pensé yo; y cuando el polvo y el humo empezaban a disiparse, pudimos ver un cuadro patético que, con sorpresa para mis futuras reflexiones, no me causó en ese momento emoción alguna: cerca, y a retaguardia de la pieza, se encontraban los restos mutilados de un artillero (el arreglador de espoletas), con las manos voladas hasta el antebrazo, el pecho hundido y la cara y el cráneo destrozados; a un lado se levantaban otros heridos ensangrentados, llenos de espanto y de dolor, según lo hacían comprender sus gestos y lamentaciones, y en todas direcciones los sirvientes de las piezas corrían despavoridos.

Observando semblantes cadavéricos y caras descompuestas por el espanto, ayudamos al General a volver a los artilleros al pie de sus cañones, ¡levantándoles el ánimo con gritos de mando y recordándoles su heroico deber!...

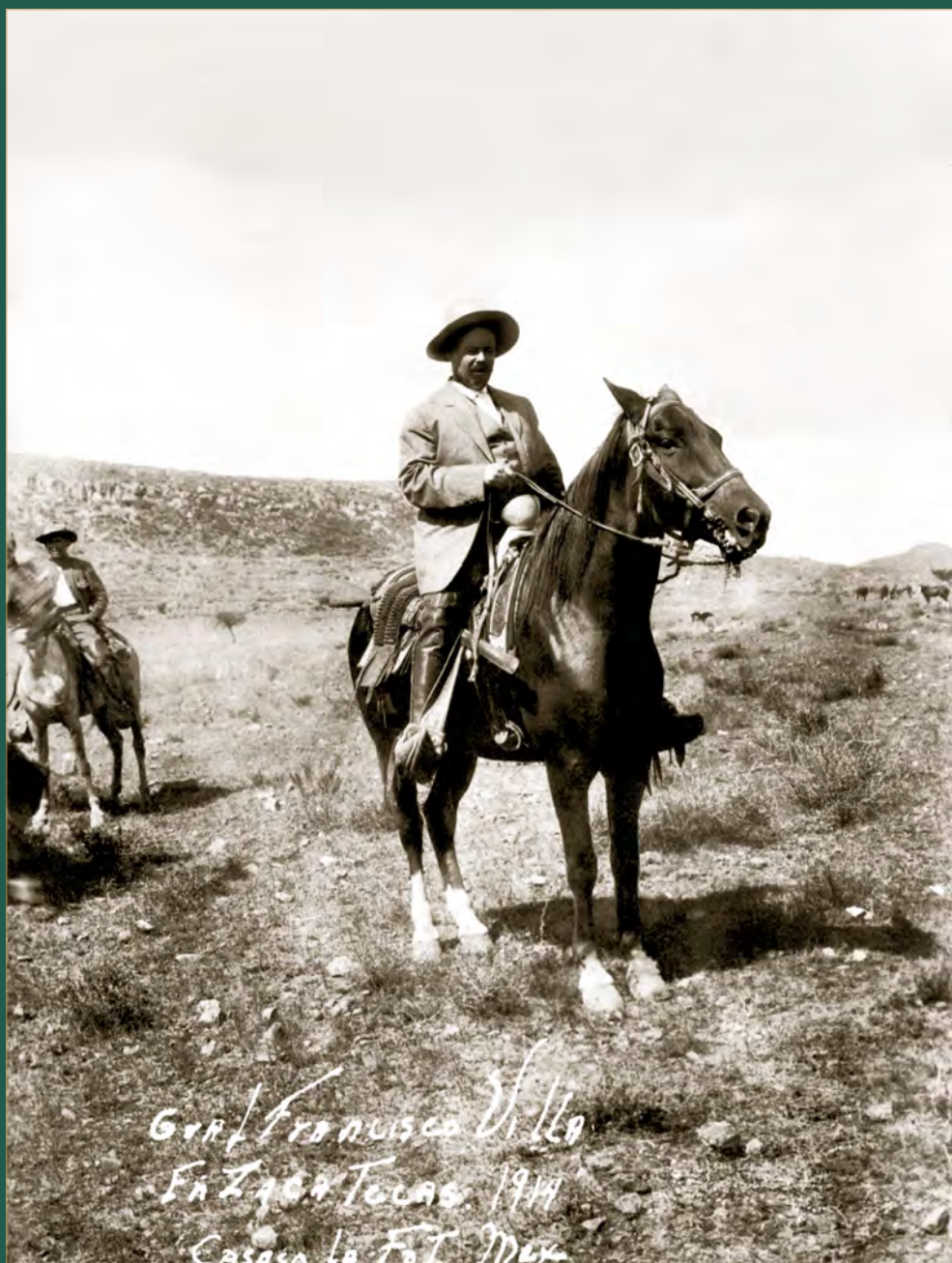
Para completar este cuadro de emocionantes notas, un grupo como de 20 tiradores se ofrece a nuestra vista, asustado, con los semblantes pálidos, con los dorsos encorvados, prestos a parapetarse detrás de nosotros y lejos de la línea de fuego. El General se indigna al verlos, les llama cobardes y les ordena que vayan al frente en que se batan sus compañeros; obedecen a medias, agazapándose y marchando de lado, *en cuatro patas* como los cangrejos, que eluden el peligro oblicuamente. El General los increpa y saca el revólver para amenazarlos, yo lo secundo, y por fin, aquellos hombres vencen el miedo y van a incorporarse con sus valientes compañeros.³

Entretanto, el fuego continúa, pero disminuye de intensidad; la artillería sigue batiendo al Grillo y nuestras tropas no avanzan más.

El mayor Fierro aparece con la pierna atravesada.

El general Villa quiere que continúe el impulso de sus tropas sobre el Grillo y careciendo de ayudante en el momento, se dispone a mar-

³ ¡Queridos soldados del pueblo —dice el general Ángeles en sus apuntes— obligados por el deber a ser heroicos, cuando sus almas tiemblan y sus piernas flaquean!...



General Francisco Villa en Zacatecas. Junio de 1914.

© SECRETARÍA DE CULTURA, INAH, SINAFO, FN, MX.

char él mismo para lanzar a esas tropas. El general Ángeles adivina mi pensamiento, diciendo que yo puedo ir en lugar suyo, el general Villa acepta y parto a galope hacia la línea de fuego.⁴

Las balas saludan mi paso, silbando caprichosamente y dando lugar a que mi caballo aumente su desconfianza, porque le incomoda la vista de cadáveres aún calientes.

En unas casitas del frente encuentro tropas que disparan protegiéndose con el terreno, saludo de mano a unos oficiales (del E. M. Santos Coy, coronel Albórez y otros) y ocurro al general Madero, que allí se encuentra, diciéndole que el general Villa desea que las tropas avancen y preguntándole si no estima conveniente que hagamos marchar a las allí presentes. Él me contesta que esas tropas apoyan en el momento a las pocas que van avanzando adelante, que no cree conveniente, por lo tanto, hacerlas marchar y que teniendo poco efectivo, ruega al General que le mande refuerzos.

Regreso al galope, escuchando silbidos de balas, largos como quejas o cortos como un chasquido, pensando para mis adentros que las balas que me respetaron de frente no me habrán de traicionar por la espalda; una de ellas golpea el suelo por entre los remos de mi caballo, que da un salto sobre sus cuatro patas y arrecia su galope, y llego por fin a comunicar lo antes referido, a los generales Ángeles y Villa.

Refuerzos ya no había y las tropas estaban agotadas.

El Grillo empezaba a ser desalojado por efectos del fuego de nuestra artillería.

Era la una y media de la tarde y el tiroteo disminuía de intensidad.

La Bufa se había acallado.

Las tropas tuvieron una tregua.

La primera gran fase de la batalla se había, pues, terminado, con la conquista de las posiciones: delantera de La Bufa, cerro de Loreto y La Sierpe.

⁴ “Y partió Cervantes, entusiasmado de ver que se le utilizaba en esa comisión”. “Allá le vimos muy lejos, con su sombrero arriscado de un lado, al galope acompañado de su caballo alazán”. —(Apuntes del general Ángeles.)

Ahora el fuego de la artillería enemiga se cebaba por el sur sobre las tropas de Herrera, Chao, Ortega y Servín y se escuchaba por allí fuerte tiroteo, que denunciaba la pujanza de la lucha.

Segunda fase

Dentro de la casa en que habíamos presenciado las escenas descritas, y que alguna granada contraria había perforado, cerca de un hogar encendido por el enemigo, en el terreno conquistado, Vaca, el asistente del general Ángeles nos llevó el almuerzo, que gustamos con el general Villa y otros oficiales. Se comió bien, acompañados por el estampido de algunos cañonazos, y de sobremesa, el general Ángeles y yo finalizamos a balazos la vida de un desgraciado caballo, al que una granada había arrancado la mano izquierda.

Los disparos de nuestras pistolas parecían insignificantes para nuestros oídos ensordecidos por los múltiples y roncosp estampidos de hacía un momento.

Aprovechando esa tregua, montamos a caballo y nos dirigimos al ala izquierda para ver de cerca los progresos realizados en ese lado.

Sobre la marcha, previendo el triunfo próximo, el General me ordenaba enviar al capitán Quiroz, cuya batería no había descansado de cañonear al enemigo, la siguiente orden escrita: “Marche Ud. a tomar posición al Grillo, en donde recibirá órdenes”.

La posición tomada por las tropas del ala izquierda permanecía fuertemente ocupada y desde ella continuaban cambiándose nutrido fuego con las tropas que se parapetaban en La Bufa.

El cañón de ésta continuaba su fuego, ya hacia el sur, ya hacia Loreto.

El cerro del Grillo había quedado desguarnecido como por espacio de una hora. Pero a poco se vio que el enemigo volvía a ocuparlo con numerosas tropas de refresco y sus cañones no tardaron en vomitar fuego nuevamente.

Nuestras tropas han tomado aliento; la artillería, principalmente la batería de Quiroz, establecida ahora en la mina de Loreto, bate de nuevo, con furor, los fuertes del Grillo, y no tardamos en ver, primero, hombres aislados que se retiran al paso; después, grupos que se es-

conden retirándose y, por último, un verdadero cordón humano que desciende aceleradamente huyendo del cerro para internarse en Zacatecas. Nuestra artillería los sigue en su descenso y los pone en fuga.

En ese momento son las 5:50 de la tarde, se ve en el centro de la ciudad una gran humareda; el General nos dice: “ya están quemando Zacatecas”; el ingeniero Valle nos sitúa en el plano el lugar probable de donde parte la humareda: parece ser del mercado; yo hago notar que el humo se disipa prontamente, lo que hace suponer que se trata de una explosión y no de un incendio, conclusión que, como adelante veremos, fue confirmada.

Momentos después, nuestra tropa avanza y escala y ocupa el fuerte del Grillo, en el que planta hasta dos banderas victoriosas.

Entretanto, por el sur arrecia el combate; en el campo de mis gemelos puedo distinguir que el enemigo también se repliega hacia la ciudad, obligado por el empuje de las tropas que asaltan de ese lado.

El cerro de Clérigos, que ha estado siendo objeto de rudo ataque, ha caído probablemente en manos de los nuestros.

Por nuestra ala izquierda, adonde hemos hecho avanzar una batería, iniciamos el fuego a corta distancia contra La Bufa. De ahí se ponen a disparar, cañoneando radialmente en todas direcciones; presiento que van a hacernos fuego sobre la batería, llamo al General para ocultarnos en una oquedad y, acto continuo, pasan sobre nuestras cabezas los proyectiles de La Bufa. Semejan vuelos zumbadores, de resonar sinuoso, que van a romperse desesperadamente atrás de nuestras posiciones avanzadas. A esta distancia ya el sonido no llega precediendo al proyectil, por manera que para apercibir de antemano el disparo, fijo mis gemelos hacia la pieza, atento a vislumbrar el fogonazo.

La artillería de La Bufa cambia de blanco, parece que otro enemigo más cercano aún le amenaza, y nosotros dirigimos impunemente la vista a la izquierda sobre el camino que conduce a Guadalupe. Allí descubrimos con alegría que numerosas tropas enemigas, montadas, se alejan al galope hacia el pueblo; poco después vuelven grupas; regresan nuevamente hacia la salida, y finalmente, en completo desorden, abandonan el camino y se arremolinan en el campo, como lo haría una manada de borregos.

Desde nuestro observatorio podemos cazarlos, y al llamar a algunos soldados para que dirijan su fuego hacia ellos, un oficial me hace notar que nuestra gente también los rodea por este lado y que podemos herirla. Suspendemos nuestro propósito y observamos.

El general Ángeles manda decir al general Villa que *ya ganamos*.

Las tropas apostadas en el camino de Guadalupe habían cortado la retirada del enemigo, y estaban destrozándolo, como se verá adelante.

Entretanto, la artillería hacía certeros disparos sobre La Bufa, que ya no respondía. La gente de ahí se ponía en movimiento y nuestra infantería iniciaba el acceso al cerro.

La gente del sur arreciaba en su empuje; el enemigo huía en carrera desenfrenada hacia la ciudad y los ocupantes del Grillo bajaban a encontrarlos.

Finalmente, el enemigo huía de La Bufa hacia el camino de Guadalupe.

El fuego de la artillería había cesado, pero escuchábamos nutrido tiroteo y descargas cerradas en la ciudad misma.

¡Nuestras tropas entraban a sangre y fuego en Zacatecas!

Obtuve permiso del General para avanzar hacia la ciudad, a fin de buscar alojamientos, acompañado del entusiasmado ingeniero Valle.

Mi deseo era que, ya que había yo disfrutado de las emociones y del panorama magnífico de la hermosa batalla en el claro campo de mis gemelos, todo el día afocados a las posiciones enemigas, presenciara yo también la última fase de la lucha aquella, en que las tropas vencidas huyeron en completo desorden y en que las vencedoras, desordenadas también, entran y se apoderan de la última presa.

Por el camino reclutamos algunos dispersos y con las armas listas para cualquier evento, penetramos a las 7 de la tarde a la ciudad, todavía alumbrada por los últimos resplandores del sol de un magnífico día de verano.

El enemigo, acorralado y vencido, había muerto o caído prisionero.

La gente del barrio extremo se asomaba aún temerosa por puertas y ventanas. Pero hacia el centro de la ciudad, en que se escuchaban gritos, tiros, descargas y dianas, la confusión era completa; 10 000 hombres, por lo menos, invadían de súbito una ciudad desconocida, cuyas casas tenían puertas y ventanas herméticamente cerradas.



Ruinas del Palacio Federal y el hueco en el Banco de Zacatecas, 1914.
Colección José Manuel Enciso. Gobierno del Estado de Zacatecas.

Olía a pólvora y a carne humana.

Los cadáveres yacían aún escurriéndoles la sangre, por sobre el piso de las calles, y los vencedores embriagados con la victoria, después de la lucha, llamaban a las puertas con fuertes golpes de culata, disparaban hacia las ventanas y rompían las vidrieras. Los alambres telegráficos y telefónicos yacían por tierra, estorbando el paso.

Diversos grupos de hombres se disputaban y arrastraban por las calles los carruajes que habían encontrado o acababan de extraer de las cocheras: era el *avance* de carruajes.

Algunas tiendas eran saqueadas, además, por vencedores, que al día siguiente habrían de pagar el robo con la vida. (Hubo 60 ejecuciones por saqueo.)

En el centro de la ciudad, en que apenas se podía transitar por el gentío militar, se veían los escombros de una gran casa: Banco de Za-

catecas y Jefatura de Armas. A los lados de ella, y en la acera del frente, las casas mostraban sus ventanas y balcones despedazados, sus muros agrietados y ennegrecidos por formidable explosión.

¡Los bárbaros llamados gobiernistas, los huertistas vencidos, habían volado una manzana entera con todo y habitantes, como postrera venganza!

¡Pero la guarnición de 12000 hombres expiaba con el aniquilamiento su último crimen!

Desenlace

Huyendo del desorden, de las imprecaciones y de los disparos que chispeaban siniestramente en las sombras de la noche, resonando con ecos pavorosos en los enfilados callejones, nos refugiamos en la casa de unos conocidos. El susto los tenía aún pálidos.

Nos obsequiaron con una frugal cena y más tarde, cuando la alharaca hubo amenguado, obtuve de uno de ellos el sacrificio de salir conmigo a la calle para mostrarme dónde podía hallar alojamiento para la artillería.

Una noche de cielo estrellado, pero oscura, permitía apenas descubrir a cada paso, cadáveres, de los que nuestros caballos se apartaban con espanto. Los hombres que no habían encontrado alojamiento se acostaban en las bancas de los jardines.

En el portal de la plaza Independencia un gran número de ellos dormía a pierna suelta, alternando con los cadáveres de los vencidos, que dormían el sueño eterno.

La vida y la muerte se daban la mano en sueño macabro la noche de la victoria alumbrada tenuemente por la luz de las estrellas cintilantes...

Aquella noche dormí profundamente.

Al día siguiente fui a ver el resultado fantástico de la persecución, sobre el camino de Guadalupe.

La vía carretera, el arroyo y los campos que lo bordean, estaban regados de despojos y sembrados de cadáveres. Cachuchas militares, chaquetines, etcétera, daban idea de un campo de suprema lucha.

Allí se podía estudiar por los gestos, las actitudes y la abundancia de muertos, la psicología macabra de la muerte. Había unos que, en actitud natural, revelaban una muerte piadosa; pero los más tenían retratada en el rostro la mueca de la desesperación con que huían: los brazos cubriéndose la cara en señal de espanto en unos, o de implorar clemencia en otros, eran indicadores de la hecatombe.

Algunos había que habían recibido la muerte instantáneamente, al hacer el ademán propio de quien se siente lanzado por el caballo: con las manos llevadas lateralmente en ademán violento.

La mayor parte estaban heridos en la cabeza.

Entre los cadáveres se veían cuerpos de mujeres y niños.

Muchos oficiales denunciaban su categoría por la calidad de sus ropas interiores y especialmente de sus calcetines. Las prendas exteriores de vestir habían desaparecido en todos ellos.⁵

Un energúmeno, en estado de ebriedad, cebaba sus venganzas y su bajo instinto en balacear un cadáver, a quemarropa, en las entrañas...

Hasta los caballos tenían actitudes de espanto: había algunos que, metida la cabeza entre las manos, por debajo del cuerpo, se habían aplastado con la muerte. Alguno vi que tenía la cabeza cubierta con una cachucha militar (macabra chanza de un ocioso) y otro lucía en la pata levantada los galones de la manga de un capitán incógnito.

Al lado de una barda, en un precipicio de algunos metros, varios jinetes en su huida desesperada habían saltado con todo y cabalgadura, estrellándose en el fondo del abismo.

El tránsito era difícil, pues los carruajes apenas encontraban paso, sin rodar por sobre los pies de un hombre o las patas de un caballo muertos.

Este cuadro de horror se prolongaba hasta adelante de Guadalupe.

Se dice que sólo consiguieron salir de Zacatecas 80 o 100 jinetes de excelentes caballos y fortuna.

⁵ "Y pensar que la mayor parte de esos muertos fueron cogidos de leva por ser enemigos de Huerta y por ende, amigos nuestros! ¡Y pensar que algunos de ellos eran mis amigos, a quienes la inercia del rebaño mantuvo del lado de la injusticia!". (Apuntes del general Ángeles.)

A mi regreso a la ciudad, encontré largas cuerdas de prisioneros, a quienes ocupaban en acarrear armas y cadáveres. Los pozos de minas habían sido llenados con cadáveres.

A los lados del camino, y por la estación, había hacinaamientos de cadáveres que no pudiendo ya ser sepultados, iban a ser quemados en montón.

¡La ciudad se iluminó con siniestros resplandores de hogueras humanas!

¡Empezaba a oler acremente!...

¡La guarnición de 12000 hombres fue aniquilada en nueve horas de lucha!

¡La victoria fue completa y épicamente grandiosa!

¡La persecución fue sangrienta y el aspecto de ese campo en que se pasearon la desolación y la muerte, parecía horripilante!

Resultado

La terrible derrota infligida al ejército de Huerta en Zacatecas tuvo tal resonancia y causó tal quebranto en la moral del enemigo, que éste inició la retirada general de sus tropas que ocupaban San Luis Potosí, por el oriente, y Guadalajara por el occidente.

La División del Norte pudo marchar triunfante rumbo a la capital de la República y ya se aprestaban cinco brigadas mandadas por el general Ángeles para marchar a ocupar desde luego Aguascalientes, cuando una orden inesperada del señor general Villa nos hizo regresar rumbo a Torreón. Era que la gloriosa batalla de Zacatecas, librada sin la anuencia de don Venustiano Carranza, había acrecentado en éste la envidia y que apoyado por las tropas de don Pablo González, tomaba una actitud francamente hostil hacia la División del Norte. El general Villa no quiso dejar comprometida su línea de comunicaciones con la frontera, toda vez que sus máquinas se encontraban exhaustas de carbón, artículo que ya no permitía pasar don Venustiano.

Fácil empresa

Entretanto, Obregón libraba en Guadalajara y sus cercanías fáciles encuentros parciales contra un enemigo que se retiraba hacia la capital de la República. En ésta se concentraba una guarnición de unos 40 000 soldados bien armados y pertrechados, que pudieron no sólo resistir el ataque de las huestes de Obregón, muy inferiores en número, poco disciplinadas y con escasa artillería, sino derrotarlas completamente; pero había cundido la desmoralización en la dirección superior de las tropas exfederales; la opinión pública era escéptica y ahora sí ejercía presión contra los defensores de la mala causa. Obregón afirmaba, por otra parte, que tras de él estaba listo para el asalto de la capital el ejército de Francisco Villa. A personas que acudían a saludar a Villa y Ángeles, se les engañaba diciéndoles que esos generales estaban en sus trenes algo más a retaguardia, pero afirmando que no tardarían en acercarse.⁶

Pacto

El pacto de Teoloyucan libró franco paso a las tropas de Obregón y puso a su disposición el abundante armamento, artillería y municiones de los exfederales, armas con que más tarde los carrancistas habrían de combatir a sus propios correligionarios, efectivos autores materiales y morales del abatimiento del Ejército ex Federal.

Don Venustiano Carranza se apresuraba a llegar a la capital, para desfilar, seguido de Obregón y sus tropas, y éstas se exhibían en toda su indisciplina y pequeñez, ante los ojos atónitos de los capitalinos, que no comprendían cómo éstos pudieron obtener la rendición de aquéllos.

Bien pronto se notó en la capital la ausencia de autoridad y de energía de Carranza en el poder. Sus generales y jefes burlaban el respeto debido a vidas y propiedades y las órdenes escritas del Primer Jefe eran desgarradas con burlesca desobediencia.

⁶ Es público y notorio que varios combates de las tropas de Obregón se resolvieron en victorias al grito de “¡Viva Villa!”.

Zapata rehusaba tratar con el carrancismo y todos dirigían sus miradas al norte.

Entretanto, el cisma surgido se hacía cada día más patente.

Conferencias

Las conferencias de Torreón y la Convención de Aguascalientes fueron la más patente muestra del impersonalismo del ejército del norte, aliado al del sur por razón de pureza de principios; y la desobediencia de Venustiano Carranza y la infidencia de él y de sus generales a la Convención, mostraron a la historia toda la mezquindad de sus ambiciones y toda la estulticia de su personalismo.

Rotas las relaciones y declarado rebelde Venustiano Carranza, los hombres de la División del Norte marcharon sobre los infidentes y éstos huyeron precipitadamente, dejando a aquéllos franco el paso, para hacer en la capital una entrada triunfal, que ellos sí habían justificado con sus éxitos guerreros.

Los carrancistas rebeldes almacenaban a la sazón parque, armas y energías en la Heroica Veracruz. Después, la infidencia de elementos perversos, equivocados o débiles, las dificultades de la guerra y el destino, han impedido completar y cimentar el triunfo; pero nuestros propios ideales revolucionarios están siendo pregonados por los detractores de la Convención, y no está lejano el día en que, vencido el personalismo, la justicia suprema se abra paso, para que el pueblo mexicano disfrute de las conquistas democráticas, que tanta sangre le han costado.



LA TOMA DE ZACATECAS

**Por Villa, Urbina y Natera,
Por Ceniceros, Contreras,
RAUL MADERO Y HERRERA**

Ahora sí, borracho Huerta,
ya te late el corazón
al saber que en Zacatecas
derrotaron á Barrón.

El día veintitrés de Junio,
hablo con los más presentes,
fué tomada Zacatecas
por las tropas insurgentes.

Al llegar Francisco Villa
sus medidas fué tomando
y á cada uno en sus puestos
bien los fué posesionando.

Ya tenían algunos días
que se estaban agarrando
cuando llegó el General
á ver qué estaba pasando.

Les dijo el General Villa:
Conque está dura la Plaza,
ya les traigo aquí unos gallos
que creo que son de buena raza.

El veintidos dijo Villa,
ya después de examinar,
mañana á las diez del día
el ataque general.

Luego mandó que se fuera
cada quien á su lugar,
que á la siguiente mañana
todos tenían que pelear.

Al General Felipe Angeles,
jefe de la artillería,
le mandó emplazar las piezas
con las que dispararía.

La seña que les dió Villa,
á todos en formación,
para empezar el combate
fué un disparo de cañón.

El General Raul Madero
con el teniente Carrillo
le pidió licencia á Villa
para atacar por el Grillo.

El señor Rosalío Hernández
valiente como formal,
le tocó atacar los mochos
del Cerro de San Rafael.

Se metió por las Mercedes
el General Ceniceros,
con el General Rodríguez
como buenos compañeros.

Robles y Maclovio Herrera,
los dos con sus batallones,
entraron por la Estación,
persiguiendo á los pelones.

Les tocó atacar la Bufa
á Arrieta, Urbina y Natera,

porque allí tenía que verse
lo bueno por su bandera.

Al disparo de un cañón
como lo tenían de acuerdo,
empezó duro el combate
por lado derecho é izquierdo.

Pues el coronel García,
de la brigada Madero,
se le miró bien pelear
porque fué de lo primero.

Estaban todas las calles
de muertos entapizadas,
lo mismo estaban los cerros
que parecían borregadas.

Andaban los federales
que ya no hallaban que hacer,
pidiendo enaguas prestadas
para vestir de mujer.

Lástima de generales,
de presillas y galones,
pues para nada les sirven
si son puros correlones.

Gritaba el General Villa:
¿dónde te hallas Argumedo?
ven y párate aquí enfrente
tu que nunca tienes miedo.

Les decía el General Villa,
échenme al viejo Barrón;
yo creo que todos me quedan
guángos como el pantalón.

Y empezaron á quitarles
fortines y posiciones,
comenzaron á bajarse
para el centro los pelones.

Ese mismo día en la tarde,
tan macizo les tupieron
que á las siete de la noche
casi todos se rindieron.

Entraron los maderistas
dentro de la población
y á todo el pueblo, contento,
se le alegró el corazón.

Corrieron á las iglesias
á repicar las campanas
y por las calles las bandas
solemnizaban con dianas.

¡Ay! hermosa Zacatecas,
mira como te han dejado,
la causa fué el viejo Huerta
y tanto rico malvado.

Quitaron ametralladeras
buen número de cañones;
se hallaron un almacén,
repleto de municiones.

Zacatecas fué saqueado
por los mismos federales,
no crean que los maderistas
les hayan hecho estos males.

Al salir ya los pelones,
el martes por la mañana,
bombardaron la gran finca
que le nombraban la Aduana.

Debajo de esta gran finca
quedaron muchos pelones
muchas armas y más parque
y otros veintidos cañones.

Le dijo Villa á Natera,
cuando triunfó y vió el fin,
dó la órden, que ahorita mismo
no me quede un gachupín.

Le dijo el General Villa
el parte á Chihuahua luego,
que tomamos Zacatecas,
pero que fué á sangre y fuego.

Pues la órden que les doy
la deben de respetar,
porque los que llegue á ver
los tendré que fusilar.

Dos mil quinientos pelones
fueron los que se agarraron
los llevaron a las filas
pues á ninguno mataron.

¿Cómo estarás viejo Huerta,
harás las patas más chuecas
al saber que Pancho Villa
ha tomado Zacatecas.

Ya te puedes componer
con toditos tus pelones,
no te vayas á asustar,
espera á los CHICHARRONES.

JUAN ORTEGA



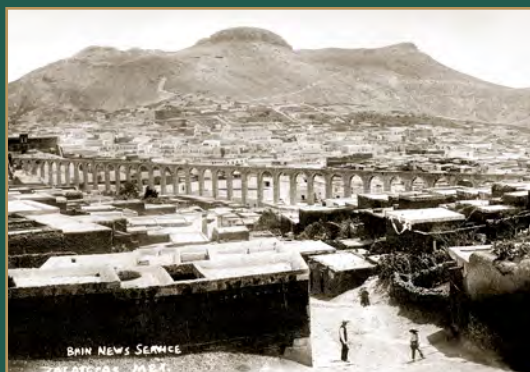
Corrido de la Toma de Zacatecas, 1914.

Fotomecánico. SECRETARIA DE CULTURA. INEHRM. FOTOTECA.MX

BIBLIOGRAFÍA

- ÁNGELES, Felipe (1869-1919), *Batalla de Zacatecas*, Chihuahua, Imprenta del Gobierno, 1914.
- CERVANTES, Federico, *Asalto y toma de Zacatecas*, México, s. i., 1915.
- CALOCA LARIOS, Pedro, *La Revolución en Zacatecas (Haciendo recuerdos de las campañas de 1910-1913)*, Zacatecas, México (s/e), 1930.
- CUERVO MARTÍNEZ, Francisco, *La toma de Zacatecas. Romance*, México, Ed. Carranza e hijos, 1915.
- ESCOBEDO, José G., *La batalla de Zacatecas (treinta y dos años después)*, México, s. i., 1946.
- LÓPEZ SALINAS, Samuel, *La batalla de Zacatecas. Recuerdos imborrables que dejan impacto para toda la vida*, México, Botas, 1969.
- ROCHA, Sóstenes, *Parte detallado de la batalla que el general Sóstenes Rocha dio a las fuerzas sublevadas, a inmediaciones de Zacatecas, el día 2 de marzo de 1872*. s. i.





TOMA DE ZACATECAS

fue editado por el
INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO
Se terminó en la Ciudad de México en mayo de 2023.



CLÁSICOS
DE **VILLA**

ACCESO ABIERTO   



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



2023
**Francisco
Villa**